



GALERIA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES



Por su briosa actitud
la fama le ha consagrado
como modelo acabado
de perfecta rectitud.

Y es del caso lo mejor
que el serlo es aquí defecto,
pues por eso, por ser recto,
dejó al fin de ser Rector.

Así es que por no pecar
de falsos, hacemos lujo
de rectas en el dibujo.
Más recto, no puede estar!

AÑO II
N.º 79
Setiembre 1.º de 1895
PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equiva-
lente, con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos. - Número atrasado 30 centesimos

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Cantares», por M. del Palacio—«Para Ellas»: El hombre juzgado por las mujeres, por varias—«Tú has sido», por N. R. Chaves—«Charla dominguera», por Nemo—«Teatros», por Re-Bemol—«Entre dos fuercas» (novela), por A. Giménez Pastor—Menudencias—Correspondencia particular.

GRABADOS—Galería Cómica: Fotografías sin retoques—«Retrato de la señorita Carolina Salvañach»—«Don Alejandro K. Makinon»—por Aurelio Giménez—«O temporal...», por Wimplaine II, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Pues, como quiera, ya nos hemos cumplido otro año de vida libre é independiente. Claro que esto va dicho por fuerza de la costumbre.

Como que á pesar de Artigas, Lavalleja y Rivera no falta hoy quien carezca de libertad como de cualquier artículo de consumo:

—Si señor,—decían ayer dos patronos de tienda.—Dígame lo que se diga, todavía hay quien soporta yugo.

—Es cierto; los bueyes.

—No sea usted bruto, hombre! Se trata de un yugo ideal. Vamos á ver ¿dónde se deja usted á don Juan?

—Yo no lo he dejado en ninguna parte; no vaya usted á creer....

—¿Le parece á usted poco yugo el que soporta ese pobre hombre? ¿Habrá quien diga, mientras Julio le tenga bajo su poder, mientras sea como es, dueño de él, habrá quien diga que Artigas y Lavalleja hicieron algo por don Juan?

—Es que no lo conocerían, pues.

—Claro; sin duda es por eso es que se ha dado al teatro en cuerpo y alma; que allí, viéndole todas las noches en su palco, se acostumbrará la gente á pensar que existe. En fin; por algo se había de llevar la ganga el Politeama. ¡Como nadie quiere!... á don Juan!....

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Que para un hombre que busca afectos, tiene que tener singular atractivo un teatro que se llama Poli-te-ama.

En cambio el público ha dado en aborrecer al pobre Politeama.

Naturalmente, porque don Juan lo prefiere. Y con motivo de estas preferencias teatrales se ha armado la de Dios es Cristo, y la de Politeama es subvencionado.

¡Y tanto! Figúrense ustedes que el Gobierno reparte una buena cantidad de sillones á sus amigos, para cada función... ¡Horror! Esto nunca había sucedido! ¡A Solís todo el mundo!...

La verdad, mirándolo con calma, la cosa no se merecía tantos aspavientos.

En primer lugar, eso de dar sillones es vicio arraigado, y con respecto al Politeama constituye sólo un caso de adaptación al medio.

El Gobierno ya tan acostumbrado de tiempo atrás á dar sillones en la Cámara á cuantos tenían facultades y ganas de ganarse 360 pesos mensuales, hizo extensiva esta mer-

ced á los aficionados al arte y al sillón gratis. He ahí todo!

Por otra parte, lo de que nunca hubiera sucedido, abona más en favor de los paternales sentimientos que abriga hacia su pueblo don Juan.

Francamente. Antes, los gobiernos se gastaban para sí cuanto dinero hallaban á mano, á lo cual ya nos habíamos acostumbrado, como no es natural.

Pero ahora, en vez de hacerlo así, dió don Juan en la idea de hacer participar de ellos á los hombres de buena voluntad y aficiones lírico-gratuitas, y les mandó á divertirse al teatro.

Confiesen ustedes que hemos salido ganando. A seguir así, pronto S. E. se decidirá á dar el puchero gratis á sus amigos y siempre habrá unos cuantos menos que se ganen la olla podrida con el sudor de su frente.

Lo que va á ganar con estas digestiones gratis la salud general, no hay para qué decirlo.

Y lo que van á ganar los carniceros oficiales, tampoco es para dicho.

En cambio nos quedaremos el resto de los mortales sin digerir, seguramente. Porque miren ustedes que ya vamos necesitando estómago para que no se nos indigesten estas cosas!

Pero no hay que ser exigentes. La verdad es que esta vez no se gastó más que en sillones, *buffet* y banquete más ó menos.

Que otros años se gastaba en adornos y esta multiplicación de los gastos nos dividía de mala manera.

—Sin embargo, me decía un entusiasta del mundo heleno. ¡Vaya si gastaban los griegos en sus Juegos Olímpicos para festejar sus grandes hechos! Mientras nosotros...

—Nosotros nos contentamos con el juego de ruletas que siguen funcionando á más y mejor.

—Ah, pues yo nó; yo trabajaré siempre porque se implante acá tan noble fiesta; mientras tanto, me paso año á año el 25 de Agosto entre juegos, y demás.

—¿Y cómo hace usted, no habiéndolos aquí?

—Me leo «Treinta años, ó la vida de un jugador». Como cosas de *juegos*, las hay allí que dá gusto.

Contra esta gente entusiasta por festejar el patrio aniversario, la hay que se preocupan más de recordar el día en que le salió una berruga ó se le indigestaron los chinchulines con mondongo.

A uno de estos tibios decía yo:

—Pero hombre; parece mentira que no se entusiasme usted en estos momentos que recuerdan tan gloriosos hechos.

—Que quiere usted, me decía, yo no he sacado nada de ellos.

—Pero un recuerdo para los próceres que nos dieron Patria y....

—Si Lavalleja nunca se preocupó del porvenir de las fábricas de embutidos porcinos!

—¿Pero qué tiene que ver con eso la Independencia?

—Que eso no nos ha alcanzado á nosotros.

—Déjese usted de embromar; ¿no es usted independiente, como todos?

—Nó señor, precisamente soy dependiente de una casa de elaboración de productos porcinos.

—Pues debiera usted pedir que le dejaran libre esos días.

—Jamás. Podría acarrearle la pérdida del empleo.

—Pero si no hay razón....

—Sí, pero como se trata de un negocio de esa naturaleza, es mas fácil que tomen allí á uno *para la butifarra*. Conque ya vé usted....

Sin embargo, la compensación es completa, porque por todos los que no pueden entusiasmarse, se entusiasma el Gobierno y se echa á regalar grados militares.

—Este año, como es natural, hemos tenido los correspondientes ascensos, recibidos con general alborozo por los agraciados ó agraciados.

—¿Quién se resiste á aceptar un grado? decía uno ayer en un corro.

—¡Calle usted! Mi cuñado por nada podría aceptarlo; contestaba otro.

—¡Pues es un desinterés loable! Altivez espartana....

—Nó; tisis galopante en tercer grado.

—¡Hombre! ¿y por eso?....

—Considere usted que si le dan un *grado*

más, lo ascienden á cadáver de sargento mayor:

Claro es que con todas estas cosas de fiestas y ascensos los no agraciados braman de indignación.

—Bueno está el tiempo para conmemorar Independencias! rujía en el café el otro día un animal con bigotes. Buena la hicieron los próceres con darnos Libertad. ¿Qué nos queda de Libertad, hoy?

—Hombre le respondió otro, Libertad todavía tenemos. Mientras nos quede la de la plaza Cagancha!...

No es cosa de quejarse.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR



El hombre, cuando se embarca debe rezar una vez; cuando va á la guerra, dos, y cuando se casa, tres.

Un reloj tiene Paco digno de verse: ayer al mediodía daba las trece.

El carro de la fortuna no tiene más que un rueda; quien sube en el carro, cae; quien tira del carro, vuela.

Lágrimas de muchachas y de muchachos; unas parecen perlas y otras garbanzos.

Una mujer y una gata domestico yo á la vez; los arañazos que tengo todos son de la mujer.

Hay gentes muy convencidas de que uno y uno son dos; pero una mujer y un hombre, ó son uno, ó nada son.

MANUEL DEL PALACIO.



Que Dios hizo una obra maestra con hacer á Carolina Salvañach, y que Dolce hizo una obra maestra con fijar los rasgos de la gentil morochita uruguaya en el papel sensible, está fuera de duda.

—Ho fatto un vero capolavoro artistico, vi lo dico io! me decía *quel pezzo d'artystone* al entregarme el retrato. Y yo tambien lo digo.

Y de seguro lo dirán ustedes tambien. Por lo que, estando la reproduccion al lado, no hay nada más que decir.

Pasen pues á leer lo que nosotras decimos de ellos, y que como lo prometí, publico para que ustedes juzguen quien tiene razon.

Dolce Hermanos



Dolce Hnos.

MONTEVIDEO

Retrato de la señorita Carolina Salvagnac

Es decir, para que ustedes declaren que la tenemos nosotros.
Eso es tan evidente!...

EL HOMBRE

JUEGADO POR LAS MUJERES

Los hombres son muy diferentes de las estatuas: éstas parecen más pequeñas á larga distancia, y

los hombres parecen más pequeños á medida que van acercándose.

Mad. Deffaut.

La mujer que no ve á su amante en todo el día, mira este día como perdido para ella; y el hombre más apasionado lo mira solamente perdido para el amor.

Mad. C. de Salas.

El hombre no debe ser amado por la mujer que

se conozca superior á él; que el amor sin veneración ni entusiasmo, no es más que amistad.
Jorge Sand.

Los hombres son, en su insensatez, incapaces de conocer la felicidad.

Madame de Puisieux.

Casi todos los hombres se parecen, cuando no en lo que hacen, en lo que pueden hacer.

Mad. Stael.

El hombre crédulo es un necio, pero el que duda de todo, un grosero.

Mad. de Fresne.

Castigar á las mujeres por las debilidades que ellos se esfuerzan en inspirarlas, es una gran injusticia de los hombres.

Mad. de Lambert.

Es propio de un hombre de poca experiencia el hacer una declaración en forma. Una mujer se persuade de que es amada, mucho más por lo que adivina que por que se le dice.

Ninon de Lençlos.

Los hombres que figuran estar enamorados consiguen más que los que lo están verdaderamente.

Ninon de Lençlos.

Los fanfarrones son valientes rara vez, y los valientes son rara vez fanfarrones.

Cristina, reina de Suecia.

No existe un solo hombre que no obre por la voluntad de su mujer; ó fatalmente, ó sin saberlo. Casi todos los actos de los hombres políticos corresponden á las mujeres.

Emilia de Girardin.

El objeto de la pasión de los hombres es la hermosura; la mujer que la pierde, lo pierde todo para ellos.

Mad. de Lambert.



Don Alejandro Kendall Mackinnon

Don Alejandro Kendall Mackinnon hizo sus estudios de ingeniería en el «University College» de Londres y después de haber practicado con Mr. Page, uno de los ingenieros ingleses más eminentes, vino á Montevideo en 1852.

Sus primeros trabajos fueron como ingeniero de la Compañía del Gas; fué iniciador de la Compañía Liebig de FrayBentos, tomó participación en las obras del F. C. Central del Uruguay, hizo estudios sobre nuestra riqueza mineral, fué Director General de Obras Públicas, Comisionado Financiero de la República en Londres etc. etc.

Desde 1887 es nuestro Cónsul allí y desempeña su puesto de la manera más satisfactoria. Organizó en el Consulado una Exposición permanente de

O TEMPORA



LUCHANDO ASI NUESTROS ANTEPASADOS SE GANABAN SUS GRADOS



Y HALLANDO A TODO ACOMODO POR SE GANAN LOS GRADOS DE ESTE MODO

productos nacionales, la que es muy visitada y dá idea de nuestra riqueza, á la vez que de nuestro estado social, político y económico, pues también el señor Mackinnon ha reunido en la Exposición todas las obras que se ocupan de nuestro país.

Hoy está ocupado en una empresa verdaderamente importante que es la de tratar de abrir el mercado inglés á nuestro tasajo. A ese objeto, dió últimamente una conferencia de propaganda en la «Exposición Universal de Cocina y Alimentación», en la cual demostró que, en igualdad de peso, el tasajo tiene tres veces más sustancia nutritiva que la carne fresca. Repartió tasajo gratuitamente y dió también instrucciones para su uso.

Don Alejandro K. Mackinnon se ha hecho merecedor al aprecio de sus conciudadanos y por ello, hoy que tan raro es hallar patriotismo y desinterés tan constantes á pesar de la ausencia, nos complace publicar su retrato haciendo un paréntesis á la broma como otras veces lo hemos hecho, ya que las condiciones de nuestro semanario nos habilitan para hacer conocer los hombres de que el resto de la prensa solo puede dar datos que no todos leen.

¡TÚ HAS SIDO!

I

—Tú eres un buen obrero y muy decente, y no eres un borrico como yo, verbo en gracia: más te trata tu mujer que da lástima decirlo.

Tú no juegas, ni al punto tan siquiera, ni fumas cigarrillos, ni alternas con las gentes, ni te bebes en jamás cuatro copas de lo tinto.

Y eso, Juan, la verdad, no es ser persona, eso está hasta mal visto, y si yo te lo digo, es que te aprecio y me gusta servir á los amigos.

Ahora, pongo por caso, cinco pesos llevas en el bolsillo; pues llegas á tu casa, desembuchas, y tu mujer te da cinco realitos!...

¿Y eso es gozar del mundo? ¿Eso es tratarse con el trato debido?

Eso es no tener vida. ¡Vamos, hombre, entra aquí á refrescar, y no seas primo!

Y Juan se resistió: pero era débil.

¡Luego, qué hubieran dicho! Él era un hombre, ¿estamos? era un hombre, lo cual que iba á probarse y allí mismo.

Y Juan pagó una ronda, y luego otra y después cuatro y cinco, y salió la baraja y hubo cante y aguardiente y bizcochos y el delirio.

Con el cuerpo molido, dando más de un traspies y con la blusa llena de desgarrones y de vino, fué cuando echó de ver que ya la noche para siempre había huido, llevándose en sus garras el producto de una semana entera de martirio.

II

—¿Se morirá, señor doctor?

—Parece que á tiempo se ha acudido. Ahí tiene la receta. De hora en hora le da una cucharada de ese líquido.

De eso depende todo. Hasta mañana.

Y junto al pobre niño, clavando con espanto en la receta los ojos por el llanto enrojecidos, aquella infeliz madre murmuraba:

—¡Será caro, de hijo!

Pero es sábado y Juan habrá cobrado... Cuando venga, lo traigo en cuatro brincos.

Y haciéndola temblar á cada instante el áspero ronquido, fatidico clarín con que á la muerte llamaba la garganta de su hijo, esperó y esperó; más todo en vano.

Eternos como siglos pasaron los minutos de unas horas preñadas de tormentos infinitos

Y la pobre mujer, sin atreverse ni á lanzar un gemido, aún estaba esperando cuando el día se anunció con sus tintes indecisos.

III

Y Juan volvió por fin; pero ¿en qué estado! Volvió, ya lo hemos dicho,

súcio, astroso, borracho, repugnante y sin una moneda en el bolsillo.

Después de todo, ¿aquello qué importaba?

Ya era casi lo mismo. ¡Boticas y recetas! ¡No parece sino que espera tanto el garrotillo! Juan quedó aquella noche como un hombre. Si no, ¿qué hubieran dicho? Él era un buen obrero y muy decente, pero es fuerza alternar con los amigos. Lástima que detrás de aquella cuna, ya feretro de un niño, dos ojos le miraran, pareciendo gritarle á voz en cuello: ¡Tú, tú has sido!

ANGEL R. CHAVES.



Vaya; yo creo que á los ocho días cumplidos del 70.º aniversario de la Independencia, bien se puede charlar un poco de cosas que se relacionen con los festejos sin provocar arranques patrioteró-sociales á que suele ser aficionado nuestro pueblo, sin duda por aquello de que todo flojo es fanfarrón.

Yo podía empezar por decir que ya vamos pecando de cursis en esto de festejar acto de tan trascendental importancia, pero quizá para muchos será esto una perogrullada, porque creo, de veras, que si no fuera porque en todas partes se cuecen habas (aunque en esto somos especialistas) bien podía considerárenos como modelos de cursilería. Modestia aparte.

No hay más que ver á nuestra aristocracia de engaña pichanga en el teatro, dando desdeñosamente la espalda al escenario, cosa que en un tiempo quizá fué de muy buen gusto, porque hasta el aparecer bruto estuvo de moda, pero que ahora ha sido en otras partes declarado cursi por unanimidad, para notarlo.

Verdad es que aquí, entre nosotros, no despega, porque todavía hay quien no puede soportar el guante blanco más de un acto, y eso á duras penas, como hay quien gasta aún pañuelo rojo asomando muy estiradito sobre la almidonada pechera, lo cual podrá ser también muy de moda, pero es muy charro y de muy mal gusto; aparte de que huele mucho á campaña.

Ya sé que quizá no ha de faltar quien me diga que eso viene de Francia. Bien, pero huele á campaña. No hablemos de los peinados masculinos porque siempre nos encontramos en la platea con esas cabezas relucientes y mojadas, cubiertas por una caparazón de pelo untado de aceite y aguas perfumadas, que no parece sino que á aquella cabeza le han dado lustre á la plancha como á la pechera de las camisas.

Antójaseme que va ya larga la digresión, pero me explico la causa ¡hay tanta cursilería por acá!

Te-Deum, Revista Militar y Función de gala. He ahí un programa inmortal. Nunca hemos sabido hacer otra cosa para festejar el gran aniversario. Estamos ya acostumbrados á ello, y aquí cuando nos acostumbramos...

Nos habíamos habituado á que la función de gala se diera con *Los Hugonotes*, y nadie nos sacaba de ahí.

La ópera esta había llegado á constituir ley del uso, arraigada por vieja tradición, como la que mete en todos los teatros de España el *Don Juan Tenorio* cada vez que el calendario marca: Noviembre 1.º—*Festividad de todos los santos*.

Y á esto se reducía todo, y no han dado para más nuestros cerebros modelados en la gran escuela del progreso, en pleno siglo diez y nueve!

¡Ah pueblo hermoso de los helenos, pueblo feliz del país en que el azulado Peneo corre manso en Estío bajo su verde manto de laurel rosa; pueblo grande de los Dioses y de los Héroe, que acudías todos los años, siempre joven y entusiasta, á los Juegos Olímpicos, donde la fuerza, la destreza y el jenio, recibían de tu mano el fresco laurel del

Tempé para calmar la sed de gloria de los poetas é historiadores, mientras servías en hermosa crátera de oro la ambrosía del Himeto á los cansados héroes de la arena. ¡Oh pueblo entusiasta que en aquellos grandes torneos de la fuerza y la inteligencia ceñiste la cabeza de Pindaro con la corona verde y te pusiste de pié en un solo movimiento de respeto ante el jenio de Herodoto, y arrancaste al Pentélico todo su tesoro para hacer eternos á tus héroes!... ¡Cómo te reirías de nosotros, tú que hacías todo eso solo para premiar el valor y el jenio, si vieras los festejos que aquí hacemos para recordar el patriotismo que nos dió libertad, nada menos!

Pero... Mira, pueblo sabio; más vale que no te asomes... Quizá se rieran aquí de tí y tus nobles fiestas...

Me olvidaba de que los griegos hacían todo eso en el siglo V antes de Cristo, y nosotros lo hacemos en el gran siglo XIX.

Los tiempos han cambiado. ¡Y mucho, que sí! Por lo pronto ya no se dieron *Los Hugonotes* en Solís. Y no es sólo esto. Vayan ustedes viendo más diferencias.

Setenta años ha, precisamente el 25 de Agosto, los orientales de antes se ocupaban, en un gran momento histórico, de proclamar la independencia de una Nación que, en la infancia, mecida su cuna por la oleada de las ambiciones de pueblos poderosos, arrullado su breve sueño por estrépito de batallas y cruir de cadenas, acababa de sacudir, en un magnífico arranque de viril fiereza el yugo del ambicioso dueño, asentando con la victoria el derecho y con la unión el poder.

¿Y saben ustedes en lo que se ocupaban setenta años justitos y cabales más tarde los orientales, descendientes de aquellos guerreros y patricios?

Pues se ocupaban en luchar valientemente porque la jente distinguida asistiera á la función de Solís y no á la del Politeama!

Ni más ni menos. Llegó un empresario italiano rival de otro empresario italiano, y se empeñó en ganar más plata que éste.

Y para lograrlo dijo que á su teatro iría la aristocracia y al del otro no; la sociedad convino en ello, y así habilitado para otorgar patente de distinción, empezó á armar caballeros dándoles el espaldarazo por su cuenta y riesgo.

Y quedó decidido. Que los miembros de la aristocracia uruguaya irían á Solís, dejando el anatematizado Politeama para los pobres seres que se apreciaban en poco.

Porque el Politeama estaba subvencionado. ¡Ah inocente aristocracia! ¡Claro! La subvención á nuestras costillas es una cosa odiosa. Pero ¿por qué no recordaste que Ferrari es el empresario que más ha explotado siempre ese resorte; que él es quien logró iniciar en su favor la era de las subvenciones gubernativas y que él ha aprovechado más que nadie ese auxilio que ahora echa en cara al pobre Chiacchi?

Decididamente, los *impressarii* conocen bien con los bueyes que aran.

¿Cómo sabía Ferrari que ya los buenos uruguayos habían olvidado, con esa indulgencia mansa que gastan con los extranjeros, aquellas soberbias explotaciones de antaño, cuando él ejercía el monopolio de las subvenciones y, no temiendo la competencia, se hacía pagar un palco á cien pesos por función, y eso, comprándolo para las tres funciones; como quien dice, al por mayor!

Olvidado todo esto, con entusiasmo digno de las grandes causas, se puso la juventud distinguida al servicio incondicional del gran *impressario*, y entregóse con calor á la gloriosa tarea de seleccionar la sociedad, ofreciendo patente de aristocracia á los que echasen sus pesos en el bolsillo de Ferrari.

Cosas curiosas de nuestra tierra, que suele tenerlas orijinales.

Setenta años antes, los orientales proclamaban, en un 25 de Agosto glorioso, la Independencia, y con ella la igualdad social. Era la República que arrojaba á la Monarquía.

Y en otro 25 de Agosto, setenta años justitos de por medio (¡miren ustedes que es coincidencia particular!) los jóvenes orientales, de acuerdo con un empresario italiano, proclamaban la existencia de una aristocracia (que no habíamos conocido aún, porque la verdad es que si sacamos á don Clodomiro de Arteaga no nos quedan más nobles para darnos corte, y le elevaban su trono en el Solís, mediante previo pago de altos derechos de consagración al feliz comerciante.

Cualquiera, de veras, se hubiera supuesto que no era para eso precisamente que nuestros antepasados proclamaron la igualdad democrática á costa de tantas fatigas y peligros.

Pero muchas veces se equivoca uno. También, antes, los orientales eran otra cosa y se ocupaban de otras empresas. Para algo han pasado setenta años.

Y ahora es La Rochefoucault que destrona á

Homero; El Rejente y su corte galante ocupan el puesto de Agamenón y sus guerreros.

¿Habremos llegado ya á la evolución completa? ¿Habrá llegado la época del reinado de la mujer? ¿Será ya tiempo de que Hércules vuelva á hilar rendido por Onfalia, de que, —como durante aquella famosa Guerra de siete años, en que las damas marcaban en el mapa, con flores de encaje, sonriendo plácidas, los sitios en que habían de batirse y morir los hombres, —hagan los jóvenes distinguidos de *mignons* tiernos y sumisos para agradecer á las aristócratas mimosas de Solís?

Yo admiro, de veras, el talento de *l'impressario* que tan bien conoce el lado flaco de sus clientes.

Cosa poderosa es la vanidad. Pero ¿cómo resistir? Habrá tantos que necesiten esa patente de distinción, esa consagración de la orden lírico-aristocrática que sólo se adquiere yendo á Solís!...

¿Quien, habiendo quizá (y sin quizá) entre los jóvenes distinguidos de la comisión alguno que necesitaba mucho para sí esa distinción que iba á otorgar á los demás, quien había de renunciar al gusto de armar caballeros sin haberse sometido á recibir el espaldarazo?

Claro que nadie! Se llenó el teatro y se llenó el bolsillo de Ferrari de plata distinguidísima.

En tanto el otro *impressario*, que contrata sus compañías expresamente para Montevideo, adonde llegan frescas, nuevas, y no gastadas en las largas temporadas de Buenos Aires, como las de Ferrari, se diría:

—Caramba que es aficionada la aristocracia de aquí á los platos de segunda mano!

Pero es así; no hay que meterse con paladares delicados.

Mientras tanto yo, como tantos que nos fuimos al Politeama, quizá por apreciarnos en poco, quizá por no necesitar de distinción, no viendo allí ni menos belleza ni menos gracia, ni menos educación; no viendo en la lista de los asistentes á Solís ninguno de aquellos nombres de familias coloniales, que diría mi amigo Garzón, y á las cuales podría mirarse como aristocracia criolla, siquiera por su antigüedad ya que no por títulos que nadie tiene, nos preguntábamos intrigados:

—¿Pero en qué diablos se distinguirá aquí la aristocracia de que tanto hablan? Si las denunciara algún signo exterior... la cara de otro color... las orejas más largas...

Pero nada, nada; ¿habráse visto obsesión? Nos parecían igualmente bellas y graciosas y distinguidas las niñas de allá.

Pero no debía ser así; lo decían Ferrari y su comisión...

Y Ferrari es capaz de hacer grandes cosas. ¡Oh!... Les voy á contar á ustedes algo muy curioso relativo á estas famosas temporadas de Ferrari.

Pero será en la próxima *Charla* ¿eh? Que la de hoy ya lleva caracteres de *solo* y esto puede parecer poco distinguido.

Por ahora me limito á reiterar á ustedes mi gratitud por la atención y á despedirme respetuosamente hasta el domingo.

NEMO



Con *Gioconda* dió la última función la Compañía Ferrari. El éxito fué halagueño. Camera cantó admirablemente su parte, presentando un *Barnaba* completo. La señora Bonaplata logró aplausos en los principales números, sobresaliendo en el duo final, considerada su interpretación musical; en cuanto á

la dramática, después que la Gini nos enseñó la verdadera, ninguna soprano logrará en ella aplausos incondicionales.—De Marchi cantó con suavidad y gusto y Mascheroni siempre notable hizo maravillas con su orquesta.

En el Politeama *Manon* y *Fausto* han ocupado los carteles, desde el domingo acá.

Manon tiene una música primorosa, linda de veras, graciosa y de buen gusto. Un *terzettino* del 1.º acto, el aria del 2.º que De Lucia tuvo que repetir, el gran duo del 3.º y la canción del cuarto en que el platillo y las terceras de los clarinetes dan muy bien la idea del resbalar de monedas, son las partes más notables, así, á *prima facie*, después de una sola audición.

Como pesado, el bailable del 2.º acto lo es, y más de lo necesario. El último acto me parece muy flojo.

Los artistas notablemente bien. De Lucia cantó con excepcional gusto y la Petri hizo estallar los aplausos en el duo del tercer acto, aplausos entusiastas que ahogaron la conclusión de su frase.

Este duo valió á los simpáticos artistas siete llamadas á la escena, de las que participo, con razón, el maestro Conti.

En fin; *Manon* es uno de los éxitos más brillantes y más legítimos de la Compañía Ciacchi.

Fausto se repitió el martes ante numerosísima concurrencia. De Lucia enloqueció al público en la cavatina del 2.º acto. Paccini derrochó su hermosa voz en la escena del 4.º acto. Este artista, á pesar de sus escasas facultades dramáticas logra siempre aplausos y á fé que los merece, porque canta con voluntad y brío.

La Petri, indispuesta, se limitó á sostener el conjunto.

**

En Cibils se está dando, (porque hasta se repite) la célebre *Infantería Rusticana*, algo de lo más grosero, chocante y de mal gusto que hay en el repertorio de zarzuela chica, ó lo que sea.

Con *El Insurgimiento*, obscenidad en un acto y varias escenas, *font le paire* y llenan la sección cumplidamente y suciamente.

RE-BEMOL

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

A. GIMÉNEZ PASTOR

IX

(Continuación)

Doña Armanda Porta estaba aquel día con la cabeza perdida, como ella misma lo aseguraba.

Sus tres hijos que tenía de pupilos en un colegio, porque, eso sí, era muy amiga de que los muchachos se instruyesen, y lo juraba á cada momento, habiense escapado á la hora de almuerzo y cayeron de pronto tomando la casa como país conquistado, enloquecidos al verse libres, berreando que era un horror, deshechos los trajes en la larga carrera sostenida desde el colegio hasta allí, quince cuerdas que habían recorrido sin descansar, temiendo que el maestro siguiese tras de ellos.

Doña Armanda la emprendió á mojicones con aquellas tres cabezas de pelos revueltos de salvaje crespito, y los muchachos echaron á correr alarmando al barrio que no se esperaba tal irrupción.

—¿Qué se han creído, sinvergüenzas, bandidos? Porque ustedes son unos bandidos y no otra cosa! les gritaba persiguiéndoles con una zapatilla que bajándose rápidamente á un costado se sacó del pie izquierdo. ¡Ahora van á ver!

Y alcanzando al menor, un rapaz de once años, le dió con la zapatilla en la cabeza, pero como el muchacho se echara á llorar, le cogió en brazos y sentándolo en las faldas púsose á consolarlo mientras los otros se reían mirándola desde el patio.

—Bueno ¡no seas zonzol! ya no te pego más. No llores; tomá dos vintenes y callate.

Una vez consolado el chico, interrogó severamente á los otros, con el ceño fruncido y gritándoles con voz impertinente las preguntas:

—¿Porqué se habían escapado?

Ellos á un tiempo empezaron á contarle todo. El maestro estaba borracho, si señor, borracho, de veras, y les había pegado con la regla, diciéndoles que eran unos jesuitas y unos burros; á Ramón, el segundo, principalmente, á pesar de que sabía toda la lección le había soldado cinco y seis veces su frase favorita, gritándole: «¡Impuro y bestial!

Cuanto más pobre más bestia!», concluyendo por golpearlo.

—¡Pedazo de animal, estúpido! exclamó ella al oír esto, con el mal humor de la hembra á quien tocan los cachorros. ¿Qué se habrá figurado? ¡Como si fueran sus hijos! Muy bien hecho, de venirse. Le hubieras largado un tintero por la cabeza!

Les creía á pie juntillas todas aquellas mentiras que su enfermedad de haraganería les inspiraba.

—Bestia será él, murmuró.

Para ella, sus hijos eran traviesos, como muchachos, pero muy inteligentes, y buenos en el fondo; y en su afán de hacerlos aparecer superiores á los demás, mentía descaradamente á cuantos hablaba de ellos, diciendo con aquella su alegre despreocupación de pájaro loco:

—El mayor pronto va á ser doctor; es muy aplicado.

Sin embargo, Amabilio, el que pronto iba á ser doctor, no sabía sacar cuentas, pero, aún conociéndolo, gozaba en mentir á los demás y en engañarse ella misma, con aquella esperanza que, aún irrealizable, la halagaba.

Cuando al muchacho le dió por ser dibujante, enseguida le compró un caballete nuevo, blanco, blanco, muy lindo, como para que excitara al futuro artista al trabajo.

—Va á hacer mi retrato, decía á todas las amigas. Tiene una facilidad!... si vieran.

Y logró al fin que Amabilio se pusiera á la obra y cuando una vez trazado el perfil le puso los dos ojos al mismo lado de la cara, uno á continuación del otro, doña Armanda tuvo un momento de indignación de grueso calibre porque doña Casilda, una vecina con quien había hecho relación, rió de aquel detalle verdaderamente curioso.

—¿Pero no ve que es un niño que recién empieza? la dijo acalorada.

El pobre Amabilio con su aire encojido de gaucho receloso, mirando de través, trataba de espicarse el efecto producido por su obra, algo desconfiado, cuando su madre le dijo con tono de suficiencia:

—Muy bien, Amabilio, muy bien. Vas adelantando. Esta complicidad había puesto á los muchachos insoportables y en el barrio les llamaban *los facinerosos*.

Así aquella tarde, seguros de su impunidad, se habían escapado del colegio, y como lo esperaran, el éxito confirmó su confianza.

Una vez pasado el primer momento de indignación teatral, doña Armanda se sentó en el patio, rebasando del angosto sillón de hamaca sus opulentas carnes de Venus jamona, libres del corsé que las reducía á la mitad; y mientras tomaba con pesada haraganería mate con bizcochos, dióse á escucharlos los cuentos del colegio, gozando en satisfacer su curiosidad de mujer chismosa, dilatados con alegría los pequeños ojos velados por greñas de pelo rubio, que solo de cuando en cuando se cuidaba de sujetar tras de la oreja.

Amabilio sacó una pipa de yeso y con ella entre los labios, recostado contra la pared, con las manos á la espalda, entornando un ojo que el humo ascendente le irritaba, comenzó á relatar las cosas del maestro.

—Contá... contá... decía ella sin separar la boquillita del mate de sus labios. Contá. ¿Y la mujer?

Y en el ambiente claro de la tarde de Octubre, resonando suavemente, se esparció la descripción de las riñas del maestro con su mujer, de los denuestos, de los golpes, de las carreras de un lado á otro, ora él perseguido por ella que le tiraba las zapatillas á la cabeza, ora ella volviendo de la cocina dando gritos, seguida de cerca por él que le gritaba: «¡Jesuita, hipócrita, toma!» Y le pegaba con la regla en las nalgas blanduzcas que resonaban como chasquidos de látigo grande.

Doña Armanda reía á carcajadas, gozando con aquellos cuentos, echada atrás en el sillón, todas sus carnes flojas temblando por la risa golpeada que borbotaba en su garganta con timbre infantil, cuando entró Arjentina, con la cabeza alta y la nariz más respingada, como oliendo el aire, llena de impertinente expresión su cara muy roja en las mejillas.

Venía de casa de las Mestres, adonde había ido de visita, y sin decir una palabra, aún viendo allí á sus hermanos, entró á su cuarto.

Doña Armanda la siguió, desmadejada, suelto todo el batón, preguntándole con la boca llena de bizcocho que saltaba desmenuzando á cada palabra:

—¿Qué tenés, Arjentina? ¿Qué te ha sucedido? Apenas se vió en el cuarto, Arjentina echóse á patlear chillando rabiosamente:

—¡Sin vergüenza! ¡Sin vergüenza!... ¡Ay mamá! Después, sin quitarse el sombrero, se echó en la cama, siempre berreando, como si la mataran.

—¿Qué tiene? preguntaban los muchachos con los ojos muy abiertos y el dedo índice en la boca.

—Nada; contestó Ramón que se había asomado un momento. Es que á *la chiva* la ha dejado el novio.

(Continuará)



Del discurso pronunciado por *Monsieur le Ministre* en el banquete de anteanoche.

«Reciban la expresión de nuestras simpatías los dignísimos descendientes de los hidalgos y arrojos descubridores de este próspero y admirable continente americano, de los que nos legaron su preciosa y expresiva lengua; su fe; sus usos; sus costumbres...»

Mais, Monsieur! Ce n'est pas vrai! Eso du langage!...

*Y es un Monsieur qui l'a dit?
Qu'est ce qu'ont dirait en Paris?*

Pues señores parece locura, pero hay quien me jura que ha visto anteayer encontrarse en la calle tres hombres, de quienes los nombres no pudo saber.

Comida de familia:
—Papá, dame más puchero.

—Hola, ¿no decías que no te gusta! Mira como repites!
—Es para que no quede ninguno para mañana.

Se dice que á don Mariano le va á pedir Sinforiano la blanca mano de su hija.
—Pero ¿no han dicho qué mano?
—Será la de la sortija.

—Hombre ¿y no han ascendido á Amuedo entre los otros, con motivo del 25 de Agosto?
—¡Claro! ¡Qué le han de ascender! Como le pusieran más alto, revienta con la cabeza todos los hilos de teléfono.

A unos chicos, de doctrina un clérigo examinaba y al preguntar á uno de ellos, que es hijo de Juan Lasala fabricante de baules de la calle de Agraciada,
—Vamos á ver, dime tú, quién hizo el mundo, Lasala, le contesta el aludido poniendo serio la cara:
—Mi papá; pero fui yo quien le puso las bisagras.

¡Ay, ay, las sirvientas!
—Mira Dorotea, anda á lo del carnicero de la esquina y mira á ver si tiene piés de cerdo.

—¿Tiene?
—No pude verlo, señora, porque el carnicero tenía las botas puestas.

Agradecemos.

—El envío y la benévola dedicatoria de «Hundimiento» novela de Delfino Urquía, un muchacho que ya deben conocer ustedes por sus lindos escritos en *El Heraldo*. Nos ocuparemos detenidamente, más adelante, de ella.

—Al señor Perdomi su «Canto en el silencio».

—La *Memoria del Ateneo del Uruguay* que nos ha enviado la comisión de ese centro.

—Y la atenta invitación del señor Mantovani, para asistir á la velada que tuvo lugar en el Instituto Nacional el 24 del corriente.

Correspondencia Particular

Apolo Pérez—Melo—

A decirte voy tan solo aunque al oírlo te exasperes, que tienes mucho de Pérez pero muy poco de Apolo.

Un criollo—Mercedes—

Si sigue, falto de meollo, haciendo versos tan malos, alguien le dará á usted palos; téngalo por cierto, *Criollo*. Es cuestión de tiempo nada más.

B. D.—Montevideo—

Si en vez de gustarle á usted la poesía le hubieran gustado los porotos con zapallo, ¡cuánto habrían ganado usted y la poesía!

Ricardo F.—Id.—

Si usted viera las ganas que tengo yo de decirle á usted bruto... ¡Qué ganas, Dios!

Paco Oxilia—Id.—

Si no son ya muy perversos sus instintos, *Paco Oxilia*, no escriba usted esos versos, que avergüenza á su familia!

*R. Salado—Id.—*Oiga usted un consejo. Nunca hable de bestias ni domésticas ni salvajes en sus escritos. Hay que evitar provocaciones al público. Y si le hace usted acordar de esas cosas...

*Miriam—*Pero ¿qué se ha hecho usted, qué se ha hecho? Nos ha olvidado ya por completo, de fijo. Vamos; que no lo esperaba.

ESTUDIO FOTOGRAFICO DOLCE Y NOS

Calle Sarandi, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

EL ANTICUARIO

Calle 18 de Julio, 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

FOTOGRAFIA DE FITZPATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

ALPOLLOA BABA

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8
Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor. **CASA ESPECIAL EN CAFÉ**

ALGALLIGARIS ESTUDIO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.

ESTUDIO DE CHUTE & BROOKS

Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 44
BUENOS AIRES